

¿DEJAR A OCCIDENTE AL MARGEN?¹

¿Cómo e, igualmente importante, cuándo surgió la Edad Contemporánea? Las fuerzas motrices del periodo –la industrialización, la expansión del dominio colonial, la integración económica del planeta, la llegada de la sociedad del consumo de masas, el crecimiento de la clase obrera y de los movimientos anticoloniales– se consideraban, en el influyente estudio realizado por Hobsbawm sobre el largo siglo XIX, impulsadas por dos revoluciones parejas, la económica y la política: la primera personificada por la conversión de Inglaterra en el taller del mundo y la segunda por la Revolución francesa, con sus reverberaciones en toda la época posnapoleónica. Por consiguiente, la consolidación del capitalismo industrial en Europa dirigió o afectó crucialmente a las transformaciones de Asia, África y otras zonas. *The Birth of the Modern World* de C. A. Bayly se dispone a analizar dicho periodo dentro de un marco mundializado: a rastrear «el ascenso de las uniformidades planetarias en el Estado, la religión, las ideologías políticas y la vida económica» entre 1780 y 1914, y al mismo tiempo señalar que la interconexión y la interdependencia crecientes pudieron «aumentar el sentimiento de diferencia, e incluso el antagonismo, entre personas de diferentes sociedades».

La definición que Bayly da de «lo moderno» coincide con lo convenido: hablando en general, considera que significa la llegada de la industrialización, la mundialización económica, la proliferación de los Estados-nación y, con ellos, de las identidades nacionales. Reconoce una cierta asimetría en esta evolución: «algunas sociedades occidentales mantuvieron una ventaja competitiva [...] por su forma de hacer negocios, de hacer la guerra y el debate público de sus políticas». El ascenso a la modernidad fue anterior en Europa que en el resto del mundo, y de ritmo más rápido; las clases dominantes occidentales pudieron aprovechar este comienzo precoz y convertirlo en ventaja geopolítica garantizándose el control sobre otras regiones de Asia y África. A medida que avanzaba el siglo XIX, el control imperial sobre las regiones menos desarrolladas se intensificó:

¹ C. A. Bayly, *The Birth of the Modern World, 1780-1914*, Oxford, Basil Blackwell, 2004, 540 pp.

formalmente, mediante la anexión, o informalmente, mediante la dominación económica; y trajo consigo la división Norte-Sur que todavía hoy existe.

Aunque reconoce esta preponderancia, Bayly quiere afirmar, sin embargo, que las ventajas de las potencias occidentales fueron «contingentes, interactivas y relativamente poco duraderas». Su objetivo es «relativizar la “revolución de la modernidad” demostrando que múltiples organismos e ideologías de todo el mundo la hicieron posible de modos distintos y en momentos diferentes». En resumen:

Una historia de este periodo tiene que demostrar una serie de cosas distintas y aparentemente contradictorias. Tiene que proyectar la interdependencia de los acontecimientos mundiales, teniendo además en cuenta el hecho brutal de la dominación occidental. Al mismo tiempo, debe demostrar que, en grandes partes del mundo, este dominio europeo fue sólo parcial y temporal.

¿Cómo podría organizarse una historia de ese tipo? Para Bayly, la transición a este segmento de modernización que duró un siglo se verificó en las décadas bisagra de 1780-1820. Este periodo, por supuesto, se reconoce desde hace tiempo como un momento fundamental en la historia europea, pero Bayly lo reconceptualiza como un momento de verdadera crisis mundial en la que, en toda Eurasia, un gran Estado tras otro cayeron víctimas del exceso presupuestario, conduciendo a la quiebra política y de ahí, en un proceso interconectado, a la modernidad. Mediante la trascendencia de esta crisis fue como se redibujó todo el mapa del poder económico y geopolítico mundial: las potencias arcaicas más antiguas se quedaron a un lado y otras más nuevas y dinámicas, basadas en instituciones modernas, se convirtieron en potencias mundiales. El proceso, explica Bayly, se inició con la caída de la dinastía safaví de Persia en 1722; siguió con el saqueo de Delhi por Nadir Shah en 1739, y a continuación convulsionó los regímenes mogol, Qing, otomano, francés, inglés y austriaco.

El problema de dicho argumento, por supuesto, es cómo explicar la relación entre la caída en la crisis durante el siglo xviii y el desarrollo de las formas políticas y económicas modernas. No puede ser el mero hecho de la crisis lo que diera lugar a la modernidad: las crisis presupuestarias, la sobreextensión imperial, los nuevos rivales del poder, las innovaciones militares –a todos los cuales Bayly presenta como culpables de llevar a los Estados a la inestabilidad– no eran nuevos en el siglo xviii. Todas las grandes zonas agrarias de la masa terrestre euroasiática tenían largas historias de fenómenos de este tipo a lo largo del milenio anterior; y sin embargo, nunca antes la caída de los imperios o la expansión del comercio se habían asociado con las formas políticas particulares del Estado moderno, o con la explosión de crecimiento económico y productividad que se produjo en el siglo xix, junto con el monumental paso de las estructuras económicas agrícolas a las industriales. Lo que Bayly, o cualquiera que intente relacionar las crisis de finales del siglo xviii con el comienzo de estos fenómenos,

debe hacer es explicar esta relación: ¿qué fue lo que implicó esta crisis con la transición a la modernidad en buena parte del mundo?

Ante todo, resulta indispensable reconocer que la crisis de finales del siglo XVIII no marcó ni mucho menos el comienzo de la modernidad. Las instituciones modernas –en forma de economía capitalista y Estado burgués– ya estaban establecidas antes de la crisis, y habían arraigado en Gran Bretaña desde 1688. La crisis actuó como entorno en el que estas instituciones más robustas se compararon con las más antiguas, establecieron su superioridad y, con el tiempo, o las clases dominantes las adoptaron, o les fueron impuestas. Las décadas de 1780-1820 no marcaron el nacimiento de la modernidad, sino que aceleraron su difusión; primero por toda Europa y después por el resto del mundo. Dado que esto es así, cualquier análisis de esta época revolucionaria debe empezar mirando hacia atrás: para analizar el ascenso del capitalismo en Inglaterra y después reconocer que su dinámica no sólo fue responsable del resultado de la crisis, sino que también fue, en muchos aspectos, su causa raíz.

A medida que las instituciones capitalistas y modernas se consolidaban en Gran Bretaña, sus rivales políticos y económicos no podían dejar de sentir su efecto. Con el tiempo, se adaptaron estableciendo reformas económicas o políticas, o se doblegaron bajo la presión que supone tener que competir con una economía política inmensamente superior. Fue, en primer lugar, la incesante presión de Inglaterra la que llevó a buena parte de Europa a un ciclo de guerra y dificultades presupuestarias, y la que presionó a sus clases dominantes hasta la descomposición. El que Inglaterra obtuviese recursos incomparablemente mayores se debió a su transición precoz hacia el capitalismo; fueron dichos recursos los que le permitieron involucrarse en una guerra tras otra en el transcurso del siglo XVIII, y fueron estas guerras las que empujaron a Francia y a los Estados alemanes, sus principales competidores, hacia la crisis. Las guerras, a su vez, se extendieron más allá de las fronteras de Europa, hacia Asia y América, agudizando los conflictos políticos en aquellas zonas y atrayendo esas unidades políticas hacia el invernadero europeo.

Es, por lo tanto, engañoso que Bayly presente la intensificación previa a la década de 1780 como una crisis planetaria ya en marcha, originada en Asia y el norte de África y luego extendida a Europa; más precisamente, el que se convirtiera en una crisis planetaria se debió a Europa. Bayly parece proyectar sobre los primeros episodios un conjunto de interrelaciones de origen posterior. Fue la dinámica de fin de siglo en Europa la que garantizó que el posterior episodio de patrón de inestabilidad periódico y recurrente en Asia quedase inmerso en el torbellino general.

En Europa, como en el resto del mundo, los países se vieron enredados en un proceso de competencia geopolítica que aumentó de intensidad a medida que avanzaba el siglo XVIII. En este proceso, aquellos Estados capaces de cubrir sus propios gastos con un aumento proporcionado de los

ingresos pudieron mantener la estabilidad, mientras que los que no pudieron reunir los recursos necesarios cayeron en la crisis. La más espectacular de estas crisis fue la de Francia y culminó en la Revolución de 1789. Pero las presiones también se sintieron en España, que estuvo en el bando perdedor de la Guerra de los Siete Años (1756-1763) y pronto perdió sus colonias americanas, así como en Prusia y en los territorios de los Habsburgo. De esta *mêlée*, fue Inglaterra la que emergió no sólo ilesa sino también más fuerte y vital que al entrar. Tras la derrota de Napoleón, sólo había en Europa dos grandes potencias: Gran Bretaña y el Imperio ruso. Y cuatro décadas después, la lista se había reducido a una. Mientras tanto, América y buena parte de Eurasia se vieron absorbidas por este conflicto y después, con la excepción de Estados Unidos, las potencias europeas se las repartieron formal o informalmente.

¿Cómo y por qué adquirió el Estado inglés los ingresos necesarios para superar abrumadoramente a sus rivales en el transcurso del siglo XVIII y comienzos del XIX? Bayly acepta el análisis convencional de que la clave radicó en una transformación económica subyacente. Pero mientras que la explicación convencional considera la revolución industrial la fuente del poder británico, Bayly no respalda este argumento. Observa que las pruebas de que se produjera una verdadera intensificación de la industrialización son dudosas. Las tasas de crecimiento fueron mucho más lentas y los avances tecnológicos de alcance mucho menor de lo que antes se pensaba. Si se verificó, el verdadero salto en la industrialización fue posterior, durante el segundo o tercer cuarto del siglo XIX. Para explicar los diferentes destinos del siglo XVIII, concluye, necesitamos otro mecanismo.

Bayly propone que a lo largo de los siglos XVII y XVIII, el noroeste de Europa experimentó una «revolución industriosa», que dio a la región una enorme ventaja económica; la revolución *industrial*, bien entrado ya el siglo XIX, no hizo más que apoyarse sobre el éxito de la anterior. El efecto de esta supuesta transformación no fue sólo el de aumentar la producción bruta, sino también el de aumentar la productividad total de la región. La idea de revolución industriosa precursora de la industrialización la introdujo el historiador Jan de Vries, y Bayly parece haberla importado más o menos intacta del original. Para de Vries, esta nueva concepción estaba motivada por la necesidad de reconciliar dos hechos aparentemente contradictorios: el estancamiento de los salarios reales y, por lo tanto, el estancamiento de la capacidad de compra durante buena parte del siglo XVIII y comienzos del XIX, por una parte, y lo que él consideraba abundantes pruebas de un creciente consumo, por otra. Si los salarios reales no se movieron, ¿cómo podían las familias consumir más? De Vries propuso que esto fue posible gracias a una transformación en dos pasos: primero, las familias campesinas experimentaron una transformación autónoma de sus preferencias de consumo —un cambio de gustos— conducida por la aparición en el mercado de productos nuevos y más exóticos; en segundo lugar, las mismas familias satisficieron estas nuevas necesidades mediante la reasignación y la intensificación de su trabajo. Los campesinos diversifica-

ron la variedad y la cantidad de productos que consumían y, por lo tanto, trabajaron más y durante más tiempo para ganar el dinero necesario para satisfacer sus nuevos gustos. El resultado fue un aumento de la demanda y de la producción de bienes, incluso en una situación de estancamiento salarial.

Lo fundamental de este argumento es que, aun siendo válido, no equivale más que a un argumento a favor del aumento explosivo de la productividad. De hecho, cuando los campesinos amplían su jornada e intensifican su trabajo, a menudo es un signo de penuria rural y, más probablemente, de descenso de la productividad real. Bayly afirma que los nuevos «paquetes» de consumo adquiridos por las familias campesinas «se suman para producir aumentos aún mayores de productividad y satisfacción social», pero no explica la cadena causal que los conecta con aumentos sostenidos de eficacia y, por lo tanto, de productividad. Bayly parece considerar que el mero deseo de aumentar el consumo basta para inducir aumentos de productividad, sin considerar siquiera como alternativa la posibilidad de intensificación obligatoria del trabajo. El hincapié en las mercancías de lujo como parte de este proceso —la objetificación del lujo», como él lo denomina— tampoco es convincente. Obviamente los consumidores de dichos artículos pertenecían a las clases medias y altas, que por supuesto no producían sus propios productos. ¿Por qué iba el aumento de este tipo de demanda, una constante de la historia euroasiática desde hacía siglos, a provocar de repente una transformación de gran alcance en la producción, cuando nunca lo había hecho antes, en especial dada su magnitud inherentemente limitada y su carácter especializado? Sin plantear un mecanismo claro que relacione el deseo de aumentar el consumo con el incremento de la productividad, Bayly no tiene modo de explicar de qué forma pudo la «revolución industrial» asociarse con algo que no fuese la intensificación del trabajo y la autoexplotación, que es lo opuesto a lo que él pretende.

La utilidad del concepto de «revolución industrial» resulta aún más dudosa cuando examinamos cómo lo aplica Bayly. En su análisis, la capacidad de Inglaterra para sobrevivir a la crisis de finales del siglo XVIII y de salir convertida en la potencia hegemónica mundial se basó en la productividad mucho más elevada de su economía respecto a la de los rivales. Pero si la fuente de la ventaja de Inglaterra fueron los beneficios económicos proporcionados por la revolución industrial, sólo Inglaterra (y quizá los Países Bajos) debería haberla experimentado, para que se sostenga su argumento. Bayly sostiene, de hecho, que, aunque Asia y Oriente Próximo contemplaron un comienzo limitado y prometedor hacia la revolución industrial, ésta nunca floreció en dichas regiones, porque sus *ancien régimes* la aplastaron. Pero ¿qué decir de Europa, aparte de Inglaterra y los Países Bajos? El Estado francés experimentó la crisis financiera más profunda de finales del siglo XVIII, que fue, por supuesto, lo que provocó el hundimiento político del antiguo orden y abrió el camino a la revolución. ¿Fue este quebranto del poder estatal atribuible en último tér-

mino al fracaso de la revolución industrial en Francia? Y, siendo así, ¿a qué se debe ese fracaso?

En su argumento no está claro, de hecho, por qué el crecimiento económico francés fue menos dinámico que el de Inglaterra. La explicación de Bayly considera la revolución industrial un fenómeno de toda Eurasia que no se expande e intensifica en Asia mientras que continúa aumentando su dinamismo en el noroeste de Europa. Pero si examinamos la lista de factores que él aduce para explicar la ventaja «europea» sobre Asia –tradiciones jurídicas más profundas, instituciones financieras más desarrolladas y capacidad bélica más diestra–, ninguna diferencia a Francia, o de hecho, a buena parte del resto de Europa, de Inglaterra. En otras palabras, incluso si aceptamos que los lastres aducidos por Bayly supusieron un obstáculo para el desarrollo económico asiático y, por lo tanto, dieron a Inglaterra una ventaja sobre ellos, no pueden ayudarnos a entender por qué Francia se quedó por detrás del mismo rival. De hecho, como él mismo indica, Francia debería haber compartido con Inglaterra todas las ventajas de una revolución industrial. Ciertamente Bayly insinúa esto cuando admite que su alcance se extendió más allá del noroeste de Europa, hasta Alemania (y por implicación, Francia).

Esto señala el problema fundamental respecto a la utilidad del concepto para explicar el resultado de la gran oleada de conflicto después de la Guerra de los Siete Años. No hay modo de entender cómo pudo la incidencia de las prácticas que constituyen la revolución industrial haberse limitado a Inglaterra y los Países Bajos, y es notable que el propio de Vries no imponga tal restricción a la expansión de dicho fenómeno. La intensificación del trabajo para aumentar el consumo se produjo en toda Europa y –podría sostenerse– también en Asia. Pero si es así, entonces no puede explicar la conversión de Inglaterra en potencia dominante en Europa y, de igual modo, la crisis en Francia y en otras partes. Una explicación al excepcionalismo británico no tiene que descansar en la defensa de la revolución industrial o de la revolución industrial acuñada recientemente por Bayly. La verdadera diferencia debe buscarse en la agricultura británica, que siguió siendo la envidia de sus rivales europeos, siendo los Países Bajos quizá la única región con un dinamismo comparable. Cuando se produjo la Revolución Gloriosa, los productores agrarios ingleses ya no eran campesinos, sino que se habían convertido en granjeros completamente dependientes del mercado y se veían, por lo tanto, obligados a adoptar estrategias de reducción de gastos para su supervivencia económica. A lo largo del siglo XVIII, por lo tanto, la agricultura inglesa experimentó aumentos de productividad sostenidos, mientras que Francia, España y Alemania –sus principales rivales– siguieron trabajando bajo las restricciones de una agricultura arraigada en la producción campesina. Al centrarse en la «revolución industrial», Bayly oscurece esta diferencia.

El cambio de la estructura agraria y la consiguiente revolución agrícola no bastaban, sin embargo, para explicar la supremacía emergente de Inglate-

rra. Requería otra transformación en la esfera política. Ésta la constituyó, por supuesto, el derrocamiento del Estado absolutista en la Revolución Gloriosa y el consiguiente ascenso al poder de una clase de terratenientes dirigida por la aristocracia *whig*, que había asegurado sus cimientos económicos presidiendo la transformación capitalista de la agricultura. La toma del control del Estado por la aristocracia capitalista –ejercida mediante su dominio del Parlamento y su control directo sobre el gobierno local y la fiscalidad– abrió el camino a un enorme aumento del poder estatal y, a su vez, de la centralización del Estado, que permitió que éste aumentase sus ingresos fiscales, algo que hasta entonces no había sido políticamente factible. Sobre esta base, Gran Bretaña financió un ejército en expansión que acabó convertido en líder mundial, en especial la armada.

Por contraste, el Estado francés se vio obstaculizado por una agricultura de base campesina que no generó un aumento de la productividad laboral entre 1500 y 1750, un periodo en el que la productividad agrícola inglesa se duplicó. Tuvo también un acceso limitado a dicho excedente debido a la resistencia a la imposición de tributos planteada por los señores locales que, todavía dependientes en gran medida de las rentas feudales, consideraban que los pagos de impuestos de los campesinos a la monarquía limitaban los pagos de rentas que dichos campesinos les hacían a ellos mismos. Además, los señores franceses dependían mucho más de las sinecuras del Estado absolutista y se esforzaban por maximizar el flujo de ingresos a sus bolsillos y no a las arcas del Estado. Fue la capacidad inglesa de escapar al control de las estructuras económicas y políticas del Antiguo Régimen, y de establecer su superioridad presupuestaria respecto a la francesa, la que le permitió salir victoriosa, mientras Francia se encaminó a la crisis.

Por consiguiente, las dos revoluciones que se produjeron en Inglaterra en el primer periodo moderno –la económica y la política– radicaron en el ascenso del capitalismo. Ni siquiera en los Países Bajos se produjo una transformación tan completa de toda la economía política en torno a las relaciones sociales burguesas. Y fue la destructiva fuerza geopolítica resultante la que transmitió esa presión incesante a sus rivales a lo largo de los siglos XVIII y XIX, desatando una oleada de reformas modernizantes en toda la zona de los competidores de Gran Bretaña. La isla fue el epicentro desde el cual irradió la onda sísmica de finales del siglo XVIII. Y apenas puede entenderse como algo distinto de una transformación explícitamente capitalista. A pesar de que insista en que no desea negar que el siglo cubierto por su libro comprendía la «era del capital», esta categoría influye poco en el esquema analítico de Bayly. La noción bastante nebulosa de revolución industrial que emplea en su lugar no parece capaz de captar los cambios monumentales que se produjeron en ese momento. La razón de que la era napoleónica sirviera de portal a la era moderna fue que en un área del planeta ya se habían implantado instituciones esencialmente modernas que ahora se transmitían a todo el mundo. El ascenso del capitalismo en Inglaterra marcó un hito precisamente porque cambió las reglas del juego, tanto para la supervivencia económica como para el éxito geopolítico.

Aunque la explicación que Bayly da de las transformaciones económicas que estaban en camino en la época napoleónica es dudosa, el análisis que hace de las consecuencias de dichas transformaciones —en especial en el ámbito estatal— está mucho más logrado. La Revolución francesa y las guerras que la siguieron fueron prueba definitiva para las clases dominantes europeas, e incluso para las de otras partes, de que la modernización se había convertido en la orden del día. El desenlace de la Revolución liberó una oleada de empeños reformistas desde arriba, los cuales tenían como elemento principal la iniciativa de la construcción del Estado. El propio Napoleón contribuyó firmemente a este fin con las reformas que instituyó en Europa occidental. Pero de igual modo, la enorme movilización de las elites europeas en la resistencia contra él tuvo el efecto de profundizar la penetración del Estado en la sociedad civil y de aumentar el alcance de la profesionalización administrativa. Ninguna función recibió tanta atención, sin embargo, como la capacidad militar del Estado. Las crecientes corrientes de ingresos se utilizaron principalmente para reforzar los arsenales de las monarquías ahora unidas contra los ejércitos franceses. Los Estados europeos que emergieron del ciclo de las guerras napoleónicas eran más grandes y poderosos y estaban armados hasta los dientes.

El doble proceso de militarización y construcción estatal fue significativo en muchos aspectos. Una consecuencia inmediata fue que suscribió la profundización de las identidades nacionales y regionales, tanto en Europa como en otras partes. Por un lado, el mismo hecho de que los ejércitos extranjeros merodeasen por el paisaje realizaba el sentimiento de lazos comunes entre aquellos que soportaban su embate. Si bien partes de Alemania e Italia sentían afinidad con la Revolución y sus objetivos, el hecho de que estos últimos se exportasen con barriles de pólvora y bayonetas suscitó la resistencia y, con ella, una incipiente conciencia nacional. Pero, por otro lado, de igual modo, la misma transformación de las fronteras en límites no podía sino endurecer las identidades locales. Por ahora sólo podemos conjeturar cómo estaban de generalizados estos procesos entre los campesinos y las clases obreras urbanas. Pero entre las elites y los intelectuales, su influencia como marcadores de una identidad nacional está mucho más clara. Esta profundización de la identidad nacional no sólo se produjo en Europa sino en todo el mundo. Bayly rechaza explícitamente el modelo difusionista del nacionalismo en el que Europa desarrolla primero el concepto de Estado-nación y después lo exporta al mundo. No hay, plantea él, nada intrínsecamente «occidental» en el nacionalismo. La conciencia nacional emergió de manera más o menos contemporánea en Eurasia, Norteamérica y África. Y para apoyar esto, rastrea con gran efecto la transformación de la cultura política en aquellas partes del mundo en las que las elites y los intelectuales se movilizaron en torno a la tarea de reconstrucción política, tanto en Europa como en regiones más avanzadas del Sur.

Aunque acepta diversas explicaciones sobre la aparición del nacionalismo, Bayly considera con bastante claridad que el fenómeno es, esencial-

mente, consecuencia de la construcción de Estados en sus múltiples dimensiones. Y dentro de esto, le concede el lugar de honor a la conquista política, el conflicto militar y la misión colonizadora, componentes todos ellos del Estado bélico. Una y otra vez, Bayly vuelve al argumento de que la militarización provocada por la gran crisis de 1780-1820 fue el principal motor para el ascenso de los sentimientos nacionalistas, en especial entre las clases dominantes.

El argumento de que el nacionalismo tenía una relación orgánica con las evoluciones locales y no fue «exportado» desde Occidente, tiene considerable justificación. Aun cuando determinadas doctrinas y teorías de la nación se importaran en aquellos países que tardaron más en desarrollarse, y de ese modo influyesen en las elites y en los intelectuales locales, difícilmente se deduce que la ideología nacionalista del Sur fuese algo aprendido de Occidente. Las elites políticas muy bien pueden haber estado influidas por una u otra doctrina occidental, pero el nacionalismo sólo se convirtió en una auténtica ideología cuando arraigó en un fenómeno de masas. En un contexto en el que las clases dominantes estaban profundamente dedicadas a construir Estados viables y poderosos, endurecer los límites jurídicos, movilizar poblaciones para constituir ejércitos cada vez mayores, el nacionalismo habría surgido sin duda aunque los grupos dominantes del Sur no hubieran leído un solo tratado occidental. Aun así, probablemente se pueda decir con seguridad que la aparición de las identidades nacionales en buena parte del Sur realmente ganó impulso después de mediados del siglo XIX, o incluso a partir de la década de 1870 —el propio texto de Bayly lo corrobora—, mucho después del ascenso de la conciencia nacional en Europa Occidental y América.

Que los nacionalismos del Sur tardasen más en desarrollarse no debería sorprender en exceso, ya que la configuración del poder después del Congreso de Viena desató una cadena de acontecimientos que acabaron en la subordinación de buena parte del mundo a Europa, y a Inglaterra en particular. Con la derrota de Napoleón, Gran Bretaña se convirtió en una potencia económica sin rival en Europa, respaldada por la armada más poderosa. El medio siglo transcurrido entre Waterloo y la «Lucha por África» (*Scramble for Africa*) se conoce como la era del «imperialismo del libre comercio». Pero el inicio del dominio económico británico no sólo estuvo protegido por su fuerza militar; al contrario, a menudo ésta fue el medio por el que se obtuvieron beneficios económicos. Así, a los otomanos los intimidaron para que bajasen los aranceles que protegían sus manufacturas; los intentos chinos de impedir la inundación de opio de sus puertos encontraron una rápida respuesta armada, no una, sino dos veces. Incluso el compromiso del libre comercio era altamente negociable, ya que la lógica mercantil de los siglos pasados adoptó a menudo el compromiso doctrinal aparente del *laissez faire*.

La fuerza conjunta de la militarización y la subordinación económica no hizo más que profundizar la situación de crisis de las regiones periféricas.

A este respecto, Bayly se centra principalmente en Asia, y observa adecuadamente que es engañoso considerar que los años transcurridos entre Waterloo y la «Lucha por África» representen un hiato en la expansión exterior europea. Fueron las décadas en las que el noroeste de Europa no sólo se puso a la cabeza en el resto de Eurasia, sino que protegió su preeminencia, bien continuando la conquista (en el sur y el este de Asia), bien mediante la amenaza militar (en Oriente Próximo). Más al caso, ya antes de mediado el siglo apareció un cambio visible en las relaciones entre las elites de origen europeo y las poblaciones autóctonas de las colonias recién establecidas. Bayly observa que, incluso en las primeras décadas del siglo XIX, los europeos en Norteamérica, las antípodas y Asia ejercían a menudo una política de asimilación de los grupos locales en el proyecto expansionista. Pero a medida que se aceleraba el impulso de obtención de mayores ingresos, las políticas coloniales se endurecieron, de modo que en la década de 1850 los colonizadores acabaron utilizando la expropiación directa o, cada vez más, el genocidio. El exterminio de las poblaciones locales estaba muy establecido antes de que los europeos se repartiesen el continente africano. Mediante la conquista, el exterminio y la subordinación política, cualquier oportunidad de proceso paralelo de construcción estatal en el Sur desapareció de la agenda durante décadas.

En la segunda mitad del libro, el fenómeno de conciencia y cultura nacionales, que hasta el momento se ha presentado como consecuencia de cambios subyacentes en las condiciones materiales, adopta cada vez más el papel de agente principal. Esto es así principalmente con respecto a dos asuntos fundamentales: la explosión de conquistas coloniales a finales del siglo y el crecimiento de la política obrera radical. Sobre la primera, Bayly enumera varios de los posibles motivos que tradicionalmente se han dado para explicar el imperialismo de la era victoriana: el ascenso de las empresas gigantescas que buscaban repartirse nuevas áreas para el control económico; la influencia del «hombre sobre el terreno» de Robinson y Gallagher; la presión de los intereses comerciales y mercantiles, etc. Pero en su explicación, el imperialismo de la era victoriana fue en origen un instrumento del nacionalismo europeo, no del creciente poder económico y político de los capitalistas. No es casual, escribe, que «la nueva fase de expansión imperial» concudiese con «la plena emergencia del Estado-nación europeo, estadounidense y japonés, y con el ascenso de los movimientos nacionales extraeuropeos».

De hecho, la «Lucha por África» se dio en el contexto de la que probablemente fuese la depresión económica más profunda y larga del siglo XIX, cuya consecuencia más tangible a corto plazo fue la proliferación de aranceles por toda Europa, en un intento de cada gobierno de proteger los mercados internos frente a las empresas de las naciones rivales. En este contexto, incluso el impacto marginal de los más pequeños aumentos de acceso al mercado era muy grande. Mientras que la expansión de sus ventas en buena parte de Europa disminuía, las empresas británicas descubrieron que el porcentaje de exportaciones a África aumentaba del 4,3

por 100 en 1890 al 8,3 por 100 en 1906. En términos absolutos, tomando sólo Natal, Egipto y las colonias de El Cabo –los principales puestos de Gran Bretaña en África–, el valor de su comercio (22,5 millones de libras) era mayor que el comercio británico con China y más de la mitad de su comercio con toda América Latina, como Cain y Hopkins muestran en su libro *British Imperialism* (1993). En Francia, las colonias se convirtieron en destinos favoritos de mercancías y capital. En 1896, el imperio era su segundo socio comercial, casi a la par que Alemania; y era el tercer mayor destino del capital francés. Entre 1896 y 1913, el comercio de Francia con sus posesiones de ultramar se duplicó con creces.

Además, es muy significativo que, aparte de la Guerra de los Boers, la partición de África saliera barata. En la época que Bayly examina, los países europeos no gastaron fondos inmensos en adquirir sus territorios, porque el desequilibrio en la capacidad militar era enorme. Es notable que las únicas zonas de expansión colonial después de mediados del siglo XIX fuesen aquellas en las que las estructuras del Estado moderno no se habían endurecido o se habían hundido. Por consiguiente, si los costes de la expansión imperial fueron bajos en términos absolutos, y se distribuyeron entre un amplio espectro, mientras que los beneficios se concentraron en grupos pequeños, ¿no podría haber sido dicha expansión una respuesta directa a la disminución de los mercados y de los beneficios potenciales y a la expansión del capitalismo en las potencias de desarrollo más tardío?

La proyección del poder nacional hacia el exterior también constituyó en parte, sostiene Bayly, un paliativo para las crecientes tensiones políticas internas, en especial la amenaza de una clase obrera radicalizada. Mas para que la idea de «imperialismo social» tenga verdadera fuerza, debe existir una amenaza real desde abajo, desde las fuerzas sociales a las que hay que atraer. Pero lejos de analizar el crecimiento de los movimientos obreros en el periodo, Bayly despacha el tema en menos de tres páginas. Parece opinar que lo que creció durante el siglo XIX fue la idea de una política obrera, no su realidad. De acuerdo con esta hipótesis, la mayor parte del conflicto laboral surgió de la actividad de trabajadores relativamente privilegiados, que no deseaban echar abajo el orden social, sino alcanzar un mejor acuerdo para ellos. La influencia de la ideología socialista en la clase obrera era muy débil, a menudo mezclada con las mitologías religiosas y nacionales existentes, y domesticada por ellas. Y la fuerza creciente de los trabajadores a lo largo de la era victoriana tampoco fue la que provocó los levantamientos revolucionarios en Europa después de la Primera Guerra Mundial: el radicalismo de la clase obrera no provocó revoluciones; por el contrario, fueron las crisis revolucionarias las que crearon trabajadores radicales.

Después de esto, los trabajadores desaparecen por completo del relato. El profundo cambio en las relaciones políticas y económicas que se produjo en las últimas décadas del siglo como resultado directo de la movilización de los trabajadores –la transformación de las relaciones industriales,

el desarrollo del seguro social y del bienestar más en general, el ascenso de los grandes partidos políticos de izquierdas— no se aborda. Nada de lo ofrecido en el libro ayuda al lector a entender cómo, a partir de 1917, buena parte de Europa pudo haberse sumido durante dos décadas en el conflicto de clases más intenso de la era moderna. Los partidos socialistas no sólo ejercieron el poder en Rusia. En toda Europa occidental y central —desde los levantamientos de Alemania, Austria y Hungría hasta los consejos fabriles de Italia— las revueltas desde abajo plantearon amenazas significativas para los poderes establecidos; desde los últimos meses de la propia Guerra, aplastar la rebelión obrera fue una preocupación fundamental. Incluso en el Sur, la militancia de las organizaciones obreras y campesinas aumentaba; pero Bayly apenas menciona la Revolución mexicana, el ejemplo más espectacular de este fenómeno fuera de Europa.

Es cierto que las masas de trabajadores se orientaron a menudo hacia la izquierda como respuesta a la ruptura del tejido social, no fueron la causa de dicha ruptura. Pero por sí solos, estos cambios no producen más que pequeños arrebatos de descontento popular: revueltas por los alimentos, etcétera. Para que la conmoción de la Guerra desencadenase décadas de lucha de clases era imprescindible la presencia de organizaciones que no sólo aprovecharan el descontento creciente, sino que lo canalizaran, le diesen dirección estratégica y lo mantuvieran a lo largo del tiempo. La Primera Guerra Mundial fue el primer gran conflicto que proporcionó un resquicio para que exactamente dichas organizaciones, basadas en la clase obrera urbanizada, rescribiesen las condiciones de la protesta política en Europa y en otras partes, señalando un cambio trascendental en la estructura de la política en el mundo moderno. En 1918 los trabajadores se habían convertido en actores centrales de la escena política; un siglo antes apenas figuraban. Bayly no analiza este proceso, por lo que al lector no se le explica por qué la explosión obrera a comienzos del siglo xx consiguió provocar un cambio tectónico en la dinámica política entre las dos crisis que delimitan su estudio. Esto es irónico, ya que cualquiera habría considerado que la sensibilidad a dichos cambios estaba en el propio núcleo de su proyecto.

¿Cuál es, entonces, el resultado final del intento de Bayly de marginar la llegada del capitalismo industrial como marco organizador para entender el siglo xix? Analíticamente el resultado es que, como ya se ha señalado, se esfuerza por explicar los aspectos fundamentales del periodo: la consolidación de Gran Bretaña como principal potencia europea; la subordinación del mundo no occidental al dominio imperial; el crecimiento del movimiento obrero; la aparición de la crisis y la guerra a comienzos del siglo xx. Los factores económicos, cuando aparecen, no se conciben como fuerzas específicamente capitalistas, sino como sus cognados más anodinos: el comercio, el intercambio, la «revolución industrial», etc. Quizá lo más curioso sea que su importancia disminuye a medida que el análisis avanza en el siglo xix: cuanto más nos sumergimos en el relato, menos parece importar el capitalismo y la industrialización. El resultado es que, en el último tercio del

libro, la exposición de Bayly se acerca al tipo de historia que él parece haber querido evitar: una serie de instantáneas y viñetas, y no la «interconexión y la interdependencia» a la que aspiraba. Incluso más importante, resulta paradójico que el capitalismo se desvanezca del libro de Bayly más o menos en proporción inversa a su expansión por el planeta. Por consiguiente, cuando más importa como principio explicativo –al cierre del periodo por él estudiado–, el sistema económico mundial desaparece por completo de su análisis.



ÍNDICE

PRÓLOGO

INTRODUCCIÓN

- I. Me tengo que hacer rico
 - II. El hombre de los hosteleros
 - III. El Marujazo
 - IV. Un murciano en las Fallas
 - VI. Terra Mítica, la cueva de Alí Babá
 - VII. El «molt honorable» y los cuarentafactureros
 - VIII. Un canto a Valencia, ¡hey!
 - IX. A exprimir el Ministerio
 - X. El pisito y el «Pocero»
 - XI. La rebelión de «Forrest» Camps y el candidato por Lourdes
 - XII. Perfil biográfico de Eduardo Zaplana
- ANEXO. Transcripción completa de la conversación entre Eudardo Zaplana y Salvador Palop extraída del sumario del caso Naseiro
- ÍNDICE DE NOMBRES

www.akal.com